

K A M C H A T K A

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

RESEÑAS DE LIBROS DE ANÁLISIS CULTURAL 22 (2023)

- Bios precario: biopolítica y precariedad en Latinoamérica*, de Martín de Mauro Rucovksy, 2022 756-759
Betlem Pallardó
- Ellos lo llaman amor. Una política de las emociones*, de Alba Gotby, 2023 760-765
Nerea Benítez
- Jewish Imaginaries of the Spanish Civil War. In Search of Poetic Justice*, de Cynthia Gabbay (eda.), 2022 766-768
Eduardo San José

DE MAURO RUCOVSKY, Martín
(2022).

Bios precario: biopolítica y precariedad en Latinoamérica

Madrid: La Oveja Roja
Colección Kamchatka

Una reseña de:
BETLEM PALLARDÓ
Universitat de València
bepa4@alumni.uv.es

¿Qué es lo precario? ¿Cómo se vinculan biopolítica y precariedad en la contemporaneidad latinoamericana? ¿Se puede pensar la precariedad como hilo conductor que permea vidas heterogéneas? ¿Cómo puede la cultura trabajar lo precario como procedimiento de intervención social? De estas preguntas surge *Bios precario: biopolítica y precariedad en Latinoamérica*, ensayo en que Martín De Mauro Rucovsky se acerca a las múltiples vertientes de la precariedad en América Latina. De Mauro conjuga en su obra el trabajo teórico con una mirada crítica hacia objetos culturales latinoamericanos. En este sentido, el prólogo, firmado por Gabriel Giorgi, subraya lo “anfíbio” de la apuesta del autor: la suya no es una crítica interdisciplinar, sino que se configura como una zona de exploración en que materiales culturales y filosóficos conviven al mismo nivel. Las formas de la cultura, señala Giorgi, constituyen “herramientas para operar en el mundo, más que terminales de sentidos históricos y/o subjetivos” (13); por ello, no se entienden en *Bios precario* como ejemplos que simplemente ilustran cuestiones filosóficas, sino que adquieren centralidad en cuanto modos de saber. En la introducción, De Mauro establece el concepto de *bios precario* como marco teórico desde el que abordar la precariedad. Este sintagma apunta a la conjunción de la biopolítica afirmativa de Roberto Esposito y la ontología corporal de Judith Butler. Pero la aportación del autor no consiste en una reunión de ambas propuestas filosóficas, sino que parte de ellas para indagar en territorios menos explorados por dichas teorías. A modo de contextualización histórica, encontramos un capítulo cero donde De Mauro sitúa la emergencia del *bios precario* en el marco del auge y consolidación del modelo neoliberal, inextricable-

mente ligado a las violencias masivas y de estado en América Latina. Con el paso del neoliberalismo disciplinario al neoliberalismo de las sociedades de control deleuzianas, argumenta el autor, se produce un desplazamiento fundamental “de la figura del trabajador a la figura indeterminada y maleable del precario” (36). La precarización, pues, supone un instrumento de inseguridad social que afecta de manera transversal a los seres vivientes y que produce sujetos que comparten, aunque con una distribución diferencial, la condición de vulnerabilidad expuesta, de despojo radical.

Así pues, a lo largo de la obra se nos presentan tres dimensiones de dicha precariedad. Estas tres partes no son independientes sino que se entrelazan mediante *excursi* que hilvanan cuestiones sobre biopolítica y precariedad de índole filosófica —Esposito, Butler, Agamben y Foucault son las principales figuras teóricas con las que el autor dialoga— con manifestaciones palpables de la precariedad, como la animalización de una mujer indigente de la ciudad argentina Mar del Plata —“como un perrito”, dicen de ella— o el discurso del “salario emocional” presente en las tecnologías empresariales actuales de optimización del beneficio económico.

La primera dimensión de la precariedad que se aborda en *Bios precario* es la afectiva. En concreto, De Mauro se interroga por la interrelación entre la precariedad laboral y la esfera afectiva en el marco de la sensibilidad neoliberal. Para ello, examina *Alta rotación* (2009), crónica de Laura Meradi donde se ponen de relieve las tecnologías y *performances* de género como expresión de la precariedad laboral de los cuerpos femeninos y feminizados, particularmente notable en el sector terciario.

De Mauro profundiza asimismo en cuestio-

nes que se tratan en la obra de Meradi, como la fantasía de la meritocracia, la ansiedad productiva de los entornos laborales o la demanda de una configuración anímica optimista y entusiasta —el “afecto optimista cruel”— que se instrumentaliza como herramienta de producción y que a su vez reproduce desigualdades estructurales. Un tema clave en la obra, como señala De Mauro, es la temporalidad precaria y dilatada de la juventud superviviente; en ella, “el aplazar y el diferir marcan una vida permanentemente pospuesta y configurada en la cesión del tiempo futuro y proyectivo” (68).

En esta primera parte, además, De Mauro se detiene en dos producciones cinematográficas latinoamericanas —*Ronda nocturna* (2005), de Edgardo Cozarinsky, y *La noche* (2016), de Edgardo Castro— que trabajan la precariedad como una herramienta creativa y de reflexión. *Ronda nocturna* apunta a una modalidad afectiva de lo precario mediante una estética *trash*. La película construye una “topología de lo precario”, ya que muestra la ubicuidad de cuerpos residuales al margen de la cisheteronorma, atravesados por múltiples violencias. En cuanto a *La noche*, la precariedad se sitúa en los espacios domésticos. La afectación mutua entre cuerpos es fundamental en la película; por ello, De Mauro observa en ella el *Stimmung* heideggeriano, leído por Agamben como “tonalidad emotiva”. Así, se pone en relato, para el autor, una atmósfera afectiva precaria que envuelve a los personajes y circula entre ellos. De Mauro observa que, en ambas películas, aunque lo precario provoca una cierta desobjetivización (las identidades de los cuerpos no normativos se desdibujan), la relacionalidad afectiva de la cotidianidad anónima adquiere un papel central de resistencia.

En segundo lugar, se explora la deriva genocida de la precariedad que cristaliza en el fenómeno del feminicidio. Para ello, De Mauro presenta un análisis de tres producciones culturales: el capítulo “La parte de los crímenes” de la novela *2666* (2004), de Roberto Bolaño; el texto de no ficción *Chicas muertas* (2014), de Selva Almada; y el relato “Las cosas que perdimos en el fuego” (2016), de Mariana Enríquez.

El autor destaca cómo tanto el texto de Bolaño como el de Almada ponen el foco en lo que Giorgi llama la “política del cadáver”, esto es, las prácticas políticas de destrucción de cuerpos en su materialidad. Así, la precariedad se articula como gubernamentalidad que revela, según De Mauro, la “dimensión administrativa, instrumental y managerial de la relación con los cuerpos muertos y con la materialidad del cadáver” (125) de las víctimas de feminicidio. Pero las asesinadas se resisten a desaparecer: en el texto de Bolaño, los incontables cadáveres desbordan los espacios; en el de Almada, se nos presenta un archivo de residuos, restos, fantasmas y saberes populares que posibilitan el ejercicio de una memoria otra. Así, las víctimas persisten aun cuando falla el archivo historiográfico, las investigaciones policiales o las gestiones políticas.

Por otra parte, el autor contrapone los textos de Bolaño y Almada al de Enríquez, ya que en este último las mujeres, quemadas por sus parejas, toman conciencia de la precariedad compartida y subvierten el orden social quemándose ellas mismas y reapropiándose de su monstruosidad. Así, como apunta De Mauro, la propia *techné* del asesinato se vuelve herramienta de resistencia y agencia. El autor concluye esta sección señalando que, en un contexto de feminicidio, el miedo, entendido como afecto que circula socialmente, cobra

centralidad en la configuración del *bios precario*.

La tercera dimensión del *bios precario* que De Mauro destaca es la precariedad animal. Aquí la precariedad compartida trasciende la especie y se observa en animales no humanos, más concretamente, en vacas y en perros. Por un lado, en *Cuaderno de campo* (2014), de Carlos Ríos, y en *De ganados y hombres* (originalmente *De gados e homens*, 2013), de Ana Paula Maia, la precariedad se cifra en la figura de la vaca destinada al matadero. Según De Mauro, los respectivos protagonistas, ambos empleados del matadero (Zamorano en la obra de Ríos y Wilson en la de Maia), encuentran en la mirada animal una zona de precariedad compartida, el recordatorio de una muerte común. En el análisis, el autor dilucida los mecanismos con los que estas obras problematizan el par naturaleza/cultura (y el correspondiente no-humano/humano): en *Cuaderno de campo*, los “ensacolados” se sitúan en un espacio intersticial entre lo humano y lo no-humano (residuo poblacional, vivientes impropios que carecen de rostro); en *De ganados y hombres* la irrupción de la lengua runasimi impugna una visión monolítica del medio natural al presentarnos “otro imaginario de la naturaleza y el territorio habitado por múltiples versiones, modos de existir y cosmogonías” (188).

Por otro lado, el autor analiza la figura del perro en la novela de Clarice Lispector *Un soplo de vida* (originalmente *Um sopro de vida: pulsações*, 1978) pero sobre todo en la película *La mujer de los perros* (2015), dirigida por Laura Citarella y Verónica Llinás. Ambas obras construyen una zona común donde circulan afectos entre vidas precarias perrunas y humanas. Aunque breve, es especialmente relevante el análisis que realiza el autor sobre la construcción formal, en *La mujer de los perros*, de lo

que llama la “mirada fenomenológica perruna”. De Mauro recurre al concepto de *Umwelt* de Uexküll y al perspectivismo amerindio para argumentar que, en ambas obras, perros y mujeres conviven en “una ontología relacional multiespecie que no presupone el vínculo ni a los sujetos vivientes desde la generalidad compartida, sino desde la diferencia encarnada y la especificidad somática” (209). Por lo tanto, señala De Mauro, en estas obras se pone en relato una posible vida en una comunidad posantropocéntrica donde los afectos fluyen en un espacio de vulnerabilidad compartida entre vidas precarias (mujeres pobres, perros abandonados).

Finalmente, en la coda, titulada “Estrategias vitales para sobrevivir en mundos precarios”, el autor remite a la pandemia de covid-19, que ha llevado al extremo la inestabilidad que permea a la sociedad contemporánea, para instar a la reflexión. Así, se pregunta por las maneras de habitar el tiempo de suspensión y parálisis, marcado por la incertidumbre y la vacilación existencial; por la crueldad en la gestión de la pandemia en un paradigma inmunitario; por la reorganización comunitaria y el duelo en tiempos de ausencia y de muertes no veladas. Asimismo, De Mauro señala la conexión entre la precariedad viral y bacteriológica y la cría industrial de animales, que desencadena zoonosis con consecuencias devastadoras. Así, subraya la necesidad de implementar tecnologías sociales de sostenimiento mutuo y políticas de cuidado como respuesta a tales desafíos. La obra concluye con un poema de Carlos Ríos sobre la precariedad en la creación literaria.

En conclusión, *Bios precario: cultura y precariedad en Latinoamérica* ofrece una mirada novedosa sobre múltiples caras de la precariedad en América Latina (la precariedad laboral, pero también la

precariedad de género y la precariedad de especie); por todo ello, supone una valiosa contribución al campo de los estudios culturales. Queda patente, por lo tanto, el gran acierto de la obra: trabajar la precariedad con un enfoque multidimensional nos permite comprender mejor la mecánica de dicha precariedad y, así, proponer estrategias de resistencia en un mundo de vulnerabilidad compartida.

GOTBY, Alva
(2023).

ELLOS LO LLAMAN AMOR. UNA POLÍTICA DE LAS EMOCIONES

Barcelona: Verso Libros

Una reseña de:

NEREA BENÍTEZ

Universitat de València

nebeco@alumni.uv.es

Las últimas décadas se han caracterizado por una activa revisión de los valores tradicionales familiares así como de sus formas de producirse y reproducirse. El cambio climático y la creciente precariedad de la salud mental han puesto en duda la viabilidad del capitalismo como sistema económico y hacen trastabillar ideas asumidas como el progreso o el estado de bienestar, sobre todo, a propósito de a quién van dirigidas. En paralelo, la lucha feminista y los estudios de género echan la vista atrás hacia los planteamientos marxistas de la segunda ola del feminismo acerca de los roles de género y el trabajo, elementos que cada vez más se señalan como interdependientes y causantes de formas de vida no deseables, especialmente para los sectores más vulnerables de la población, como las mujeres y la clase trabajadora. Ante esta situación de descontento y temor por el futuro, surgen diferentes núcleos de resistencia a la vorágine consumista e individualista, cada vez desde lugares y voces más marginales –o marginadas–. Núcleos que reivindican el sentido de la comunidad y de la amistad como elementos no solo amables o placenteros para la vida, sino como verdaderos e indispensables motores para el cambio revolucionario.

En esta línea, Alva Gotby, doctora y activista por varias causas sociales –la abolición de las cárceles o las políticas de renta– publica *Ellos lo llaman amor, una política de las emociones* bajo el sello de Verso Libros, una cooperativa editorial encargada de publicar textos críticos de corte socialista, en sus propias palabras, “capaces de imaginar mundos nuevos”. El título a su vez responde al lema “Ellos lo llaman amor. Nosotras lo llamamos trabajo sin sueldo” de la campaña por el trabajo doméstico asalariado del Comité Internacional del Salario por el Trabajo Doméstico, surgido de las protestas y reflexiones feministas de principios de los años 70. El ensayo de

Gotby toma como punto de partida las reivindicaciones e ideas producidas en este contexto y pone de manifiesto su vigencia a través de las referentes Silvia Federici, Mariarosa Dalla Costa, Giovanna Franca Dalla Costa, Leopoldina Fortunati, Wilmette Brown, Ruth Hall y Selma James, entre otras autoras y activistas, para demostrar la necesidad que tiene el capitalismo de este trabajo reproductivo para subsistir¹. Pero, ¿qué es el trabajo reproductivo?

En la introducción, Gotby prepara el terreno crítico de lo que serán los siguientes cinco capítulos de su obra: “Reproducción emocional”, “La economía política del amor”, “Generizando el trabajo”, “Emociones feministas” y “Un sentimiento diferente”². Esta crítica aparece desde el inicio a raíz de una serie de preguntas dirigidas al lector acerca del amor y, sobre todo, acerca de *quién* proporciona ese amor cotidiano que ameniza la vida y la convierte en habitable. Es así como introduce la cuestión del trabajo que implica cuidar a las personas: el trabajo reproductivo. Este trabajo aparece fragmentado, a su vez, en el concepto de “reproducción social”, esas tareas domésticas diarias que permiten reponer y sustituir la fuerza de trabajo, y el de “reproducción emocional”, más dirigida hacia los mecanismos para aliviar, calmar, proporcionar compañía y mantener los vínculos sociales. En otras palabras, todo aquello a lo que comúnmente se le llama “amor” es, en realidad, un trabajo invisible. Una invisibilidad que se evidencia a través de esas preguntas incisivas iniciales, pues muestran lo poco presentes que

están en nuestras reflexiones a pesar de lo presente que está ese “amor” en nuestra cotidianidad.

Con esta introducción, y especialmente tras haber citado a las pensadoras y activistas feministas de “Salarios para el trabajo doméstico”, pone de manifiesto la perspectiva feminista, marxista y antitrabajo con la que planteará *Ellos lo llaman amor*. Avanza también aquí el propósito de sus reflexiones, que es en última instancia “Ir más allá de la familia como forma dominante de socialización que puede abrir un espacio para nuevas formas de estar juntas y reproducirse” (2023: 25). La explicación sobre la imbricación entre la familia y el trabajo en un contexto capitalista, punto central del ensayo, se irá perfilando a lo largo de los tres primeros capítulos.

Durante el desarrollo de la obra, la autora no pierde de vista la causalidad que existe entre la materialidad y la creación de subjetividades, esto es, cómo la historicidad moldea nuestros pensamientos, emociones y comportamientos a través de, entre otros, esos dos ejes: el trabajo y el género. Esta imbricación será el punto clave que vertebrará toda la obra.

En “Reproducción emocional” y “La economía política del amor”, introduce dos de los conceptos fundamentales para la problematización. Por un lado, la naturalización de ciertos atributos de género –como la disposición a ser-de y para-los-otros propia de las mujeres (Franca Basaglia, 1985)–, que dificultan la posibilidad de alterar esa división del trabajo al ser tratada como algo

1. Sobre la bibliografía empleada para su ensayo cabe destacar la casi totalidad de autoras femeninas, lo cual enfatiza aún más dos cuestiones: su compromiso político e investigador con la lucha feminista al dar visibilidad a estos trabajos, por un lado, y la problemática aún vigente sobre los estudios de género y su catalogación como estudios que únicamente interesan y pertenecen a las mujeres.

2. Si bien la autora plantea capítulos diferenciados, resulta más esclarecedor tratar algunos conceptos, así como su tesis final, agrupando apartados. De ser preciso, se harán las especificaciones necesarias.

pre-social, y que tratará con más detenimiento en el tercer capítulo. Por otro lado, la privatización de la reproducción emocional, un proceso que convertiría el amor –y su correspondiente trabajo– en algo exclusivo del entorno familiar. La familia, explica, se presenta en nuestra sociedad como el objetivo primordial, promesa de felicidad y bienestar (2023: 30), algo que, en efecto, puede llegar a ocurrir dado que es en la familia donde se recibe el consuelo y reparación del mundo laboral. En palabras de Gotby: “Las trabajadoras reproductivas intentan producir la buena vida para otras personas con el fin de compensar la vida dañada del trabajo capitalista” (2023: 82). Esta realidad, no obstante, perpetúa la creencia no inocente de que existen dos esferas diferenciadas, la pública –masculinizada– y la privada –feminizada–. A propósito de esta división, Gotby recupera nociones largamente tratadas como la “doble jornada laboral” por la cual las mujeres, aun habiéndose adentrado en el mercado laboral³, no se terminan de emancipar del trabajo reproductivo, ya que este no se describe como trabajo, sino como amor. Las mujeres, de este modo, se verían coaccionadas a no descuidar esas tareas, pues ello podría traducirse como falta de cuidado, falta de amor. Otra solución burguesa a esta encrucijada sería la de delegar esas tareas a otras mujeres, generalmente empobrecidas y racializadas. Así, el capital no se beneficiaría de este sentimiento de culpa inoculado en las mujeres tan solo a través de su trabajo doméstico, sino también en la esfera pública, en la que los trabajos que proporcionan atención y cuidados –los del sector terciario, muchas de las veces feminizado y por ende precarizado– ya no solo se ejecutarían a cambio de un salario, sino presionados por ese

sentimiento de amor, pues “El trabajo de cuidados depende a menudo de la creación de vínculos emocionales entre el trabajador y el receptor de los cuidados, lo que significa que estos vínculos son más fácilmente explotables.” (2023: 51).

En estos capítulos Gotby indica, uno por uno, los ámbitos donde el capitalismo aprovecha el trabajo reproductivo, así como las estrategias que emplea para dicho cometido. Esta realidad, insiste, tendrá sus consecuencias más gravosas en los sectores empobrecidos y la clase trabajadora. Demuestra, de este modo, que el capital y la familia son ejes interdependientes, ya que los valores e intereses del primero se reflejan y reproducen en el segundo, pero al hacerlo bajo el nombre del amor individual, privatizado, logra desentenderse de cubrir las necesidades referentes a los cuidados, ya que las mujeres serán quienes se encarguen de estas tareas. Esto también implicaría una despolitización de las emociones negativas producidas por la precariedad de la vida laboral, convirtiéndolas en un asunto personal, ajeno a la vida pública y que, por tanto, deben gestionarse privadamente. En paralelo, valores como la resiliencia, la disciplina y el trabajo duro como fórmula para el éxito serán inculcados en los hijos de la familia –especialmente en las de clase trabajadora (Hochschild, 1985: 56)– y, así, la rueda producción-reproducción capitalista mantendría su *status quo*.

En el tercer apartado, “Generizando el trabajo”, Gotby se detendrá a analizar uno de los conceptos esbozados anteriormente: la naturalización de las subjetividades masculina y femenina. Esta naturalización se valdría de diferentes mecanismos disciplinarios de género como: la violencia, que cubre desde la violencia doméstica, pasan-

3. Cuando alude a la incorporación de las mujeres al mundo laboral se refiere a las mujeres burguesas.

do por la intervención del Estado a la hora de arrebatarse custodias o someter a mujeres a esterilizaciones forzadas, hasta la utilización de la palabra “loca” para señalar a las mujeres que no se ajustan a los moldes genéricos y, en definitiva, todo aquello que sirve “para garantizar la reproducción del mundo tal y como lo conocemos” (2023: 89); la complementariedad heterosexual y heteronormatividad, por la que se construiría esa promesa de felicidad y buena vida concretada en la familia tradicional; el individualismo posesivo, que enaltece la autosuficiencia e independencia como valores aspiracionales y personales al mismo tiempo que convierte a las mujeres en dependientes (Stephanie Coontz, 1992: 3), o la feminización del altruismo, la amabilidad y el sacrificio. En palabras de Gotby, en resonancia con Federici:

El género funciona a través de la internalización de la orden de desempeñar el trabajo emocional y reproductivo. La exigencia de sacrificarse está en el centro de la feminidad normativa. No solo se entrena a las mujeres para que se sacrifiquen por los demás, sino que también se les anima a que obtengan placer de este trabajo (2023: 117).

Este capítulo abordaría desde ópticas anticapitalistas, como ya hiciera en plena efervescencia comunista Alexandra Kolontay (1977 [1907]) y con una perspectiva feminista interseccional conceptos ya clásicos como el ángel del hogar (Virginia Woolf, 2022 [1929]) o las madresposas (Lagarde, 1997), por las cuales a las mujeres se las confinaría en cautiverios deseados,

cautiverio construido en torno a dos definiciones esenciales, positivas, de las mujeres:

su sexualidad procreadora, y su relación de dependencia vital de los otros por medio de la maternidad, la filialidad y la conyugalidad. Este cautiverio es el paradigma positivo de la feminidad y da vida a las madresposas, es decir, a todas las mujeres más allá de la realización normativa reconocida culturalmente como maternidad y como conyugalidad (Lagarde, 1997: 39).

Por último, los dos últimos capítulos recogen la tesis que se ha estado gestando a lo largo del ensayo para abrir –aún más– algunas brechas ya largamente planteadas, como el fin último de la abolición del género, resultado de la desgenerización el trabajo y, por tanto, la superación de los roles de género; lucha imposible si no se efectúa desde una perspectiva anticapitalista. Este proceso vendría dado, entre otras cosas, por la reapropiación de las emociones de las que históricamente se han excluido a las mujeres, como la ira, según Gotby y citando a Audre Lorde: “un arsenal de ira bien abastecido, potencialmente útil contra las opresiones, personales e instituciones (...). Enfocada con precisión, puede convertirse en una poderosa fuente de energía al servicio del progreso y del cambio” (1997: 80). Estos esbozos, trazados en el capítulo “Emociones feministas”, culminan en un poético “Puede haber algo muy alegre en estar enfadadas juntas” (2023:177), con el que da cierre al último capítulo, “Un sentimiento diferente”.

Destaco de estos últimos apartados –así como del ensayo en su totalidad– la constante alusión a casos reales de subversión –causal u organizada– que abren fisuras en los valores familiares burgueses. No se trata de un mero ejercicio imaginativo, sino de una recolecta de

elementos y espacios con potencial revolucionario que abarcan: desde la amistad como forma libre de asociación, el sentimiento de camaradería como práctica política y emocional basada en la solidaridad, hasta las comunidades formadas a raíz de la marginalización de las personas racializadas y LGBT⁴, pasando por el pulso a la heteronorma –y por tanto, al rechazo al trabajo reproductivo tal y como lo conocemos– que supondría el lesbianismo. Sobre esto, Gotby plantea que la “cuirización” de la reproducción emocional es un punto de partida que nos permitiría imaginar y efectuar formas diferentes de construir el amor y, por tanto, la comunidad “para construir un mundo de extraños íntimos” (2023:177).

Lo que necesitamos no es una comprensión ampliada e inclusiva del amor romántico, sino contrarrestar la organización de la vida que convierte el romance y los vínculos familiares en la condición previa para acceder a formas emocionales y materiales de cuidado y recursos (2023:175)⁵.

Esto, sumado a la colectivización del cuidado y del afecto, debería dar lugar a esas nuevas formas de relacionarse y, por tanto, de existir más amablemente⁶.

Ellos lo llaman amor es, así pues, una continua-

ción vanguardista de aquello que ya plantearan las autoras feministas en la línea de Federici, pero puesto en diálogo con otras muchas autoras que permiten realizar un análisis interseccional del trabajo reproductivo y la situación de las mujeres y grupos subalternos. El movimiento crítico se produce también al partir de estos márgenes –asociaciones de personas racializadas, LGBT o desposeídas– para plantear formas diferentes de deshacer el concepto de familia para crear un sentimiento nuevo de comunidad y de amor desde otros lugares de superación de los imperativos de género y de trabajo que moldean la subjetividad.

Subrayable es, además del contenido teórico, la coherencia que plantea entre este y la forma. Por señalar un par de ejemplos, Gotby arroja luz sobre ese trabajo llamado amor no solo explicando sus mecanismos y orígenes, sino nombrando sus manifestaciones concretas –desde hacerle la sopa a un familiar enfermo hasta calmar a un niño cuando llora o atender a un cliente con una sonrisa–, lo cual supone una reivindicación, en efecto, de esos quehaceres minimizados a los que largamente se ha sustraído importancia, bien fuera romantizándolos bajo el nombre del amor o, incluso desde paradigmas académicos, acuñándoles un concepto teórico –trabajo re-

4. Ejemplo de ello es el proyecto Street Travestite Action Revolutionaries (STAR), un colectivo de personas trans, queer y disidentes del género fundado en 1970 en Nueva York que era a la vez un grupo activista y un refugio que proporcionaba alojamiento, comida, apoyo emocional y defensa de la comunidad trans, negra y latina.

5. A propósito de esto, puede llegar a sorprender el escaso detenimiento en la cuestión de la monogamia como imperativo social que impulsa nuestra forma de vincularnos y construir la familia entendida en términos burgueses.

6. Sobre la colectivización de los asuntos históricamente privados, Gotby hace un par de apuntes acerca de la prostitución –a la que ella se refiere como “trabajo sexual”– como, también, forma de resistencia ante la privatización de la sexualidad. Al no adentrarse demasiado en este asunto y tomarlo como otra manifestación más de la privatización de los “cuidados” cuesta conocer su posicionamiento político sobre la cuestión de la explotación sexual, así como de la explotación reproductiva –a la que denomina “gestación subrogada”–, ya que, de no tratarse de un ensayo explícitamente feminista y socialista, podría parecer que sus reivindicaciones forman parte del discurso neoliberal y consumista del cuerpo de las mujeres que ella misma condena.

productivo– sin aludir en ningún momento a su materialización cotidiana –feminizada–. Otro caso puede verse a la hora de desarrollar la cuestión de las emociones proscritas. Si bien el ensayo no presenta un tono airado, se permite la contundencia en varias ocasiones, otro rasgo que a menudo se ha tratado de sustraer a las mujeres.

Para concluir, cabe recalcar una vez más ese “Puede haber algo muy alegre en estar enfadadas juntas” (2023: 177). Una de las críticas más arrojadas sobre el capitalismo es la inevitabilidad de vivir en

él y de escapar a los moldes que construyen nuestras subjetividades. No obstante, si bien Gotby es plenamente consciente de ello y, efectivamente, advierte sobre lo urgente que es revisar nuestros valores desde otros prismas, su desarrollo deja lugar a márgenes imaginativos, a breves espacios donde puede nacer algo de esperanza. En momentos desoladores y solitarios como los que vivimos, *Ellos lo llaman amor* es una obra que nos permite recuperarla. Una esperanza llena de rabia productiva y capaz de crear “futuros más habitables” (2023: 180).

BIBLIOGRAFÍA:

- Basaglia, Franca/ Kanoussi, Dora (1985). *Mujer, locura y sociedad*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Coontz, Stephanie (2016). *The way we never were: American families and the nostalgia trap*. Nueva York: Basic Books.
- Dalla Costa, Mariarosa/ James, Selma (1975). *The Power of Women and the Subversion of the Community*. Bristol: Falling Wall Press.
- Federici, Silvia (2018). *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- (2021). *El patriarcado del salario: críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Fortunati, Leopoldina (2019). *El arcano de la reproducción: amas de casa, prostitutas, obreros y capital*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Gotby, Alva (2023). *Ellos lo llaman amor. Una política de las emociones*. Barcelona: Verso Books.
- Hoschchild, Arlie Russell (1985). *The managed heart: commercialization of human feeling*. California: The University of California Press.
- Kolontay, Alexandra (1977). *La mujer nueva y la moral sexual y otros escritos*. Madrid: Ayuso.
- Lagarde, Marcela (1997). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Autónoma de México.
- Lorde, Audre (1997). “The Uses of Anger”, *Women’s Studies Quarterly*, 25.
- Woolf, Virginia (2021). *Matar al ángel del hogar*. Madrid: Carpe Noctem.

GABBAY, Cynthia (eda.)
(2022)

*Jewish Imaginaries of
the Spanish Civil War.
In Search of Poetic
Justice*

Madrid: Sílex

Una reseña de:

EDUARDO SAN JOSÉ

Universidad de Oviedo

joseduardo@uniovi.es

De los muchos ejes de análisis con los que se ha ido completando la comprensión general de la Guerra Civil española, el factor judío ha sido relegado tradicionalmente a un lugar secundario, pese al protagonismo que la «confabulación judeo-masónica» tuvo en la retórica del *casus belli* esgrimido por el bando nacional.

Pero los judíos tuvieron un papel más activo del que la historiografía en general les ha reservado, y engrosaron decisivamente al menos un batallón de las Brigadas Internacionales —el batallón Tschapaiew de la XIII Brigada, conocido popularmente como el de “las 21 Naciones”—, lucharon en los frentes, se movilizaron en el activismo internacional y escribieron libros, reportajes, crónicas y cartas que en su conjunto fueron uno de los argumentos más apremiantes para la globalización de la contienda española. Los judíos fueron, así, uno de los colectivos más interesados en hacer comprender a la opinión pública mundial que, lejos de una guerra fratricida de escala doméstica, España era la antesala del gran estallido mundial, y que la particular batalla contra el antisemitismo que de algún modo se libraba en el país podía convertirse en el último dique seguro contra el fascismo en Occidente.

Con el libro colectivo que ahora coordina, la destacada hebraísta argentina Cynthia Gabbay, profesora de la Universidad de Orleans en Francia e investigadora asociada en el Centro Marc Bloch de la Universidad Humboldt de Berlín, acude a corregir este olvido de la historiografía y, en paralelo, a explicarlo. Con esta doble finalidad que pasa recorriendo el conjunto de textos que lo componen, el libro se divide en dos partes: la primera, dedicada a estudiar y, en ocasiones, a rescatar de su silencio histórico testimonios pe-

riodísticos, epistolares y artísticos de los judíos en la Guerra Civil española; la segunda parte, mientras, recoge el análisis de textos específicamente literarios o filosóficos sobre la memoria y la postmemoria judías del conflicto español.

La amplitud de la mirada historiográfica que favorece un libro colectivo de esta ambición no evita sino, al revés, convoca la complejidad y la diversidad de la vivencia judía de la Guerra Civil española. Es así como la primera parte se abre con el trabajo de Asher Salah sobre el periodista y escritor León Azerrat, alias Ben-Krimo, quien tras pasar la guerra como publicista de la causa republicana se asimiló en la posguerra y durante el franquismo como colaborador de la Prensa del Movimiento y seguidor de relaciones exteriores del régimen, a propósito de lo cual el trabajo subraya la existencia de una comunidad judía en Marruecos con intereses en el bando nacional.

La personalidad contradictoria de Azerrat no representa, sin embargo, la tónica general del protagonismo judío en la guerra de España. En su lugar, por ejemplo, se ofrece la figura del anarquista ucraniano Simón Radowitzky (1891-1956), quien, tras haber sufrido condenas y destierro por pistolero en Argentina y Uruguay, se alistó como voluntario en las Brigadas Internacionales. Las cartas a su protectora, la anarquista argentina Salvadora Medina, dan pie, en el estudio de Leonardo Senkman, a apreciar las diferencias entre el transnacionalismo judío y el internacionalismo izquierdista, así como a dar relevancia a una de las motivaciones más frecuentes para el alistamiento de los judíos, el coraje de recibir la sospecha de inhibirse en un conflicto que los apelaba directamente: una acusación ante la que muchos más voluntarios judíos reaccionarán alistándose durante la Segunda Guerra Mundial pero que

se deja ver por primera vez en España. Tal como anticipa la “Introducción” del libro, esta temprana conciencia judía de que la lucha antifascista los reclamaba en primera línea llama a adelantar la cronología ordinaria de la Shoah (1939-1945) al incluir ya en ella la Guerra Civil española.

Esta primera parte del libro se completa con el análisis de la música de Hanns Eisler (1898-1962), destacado por Antonio Notario Ruiz entre otros compositores judíos que, como Lan Adomián u Otto Mayer-Serra, viajaron a España para crear parte de los himnos y canciones de guerra del bando republicano. Mauricio Pilatowsky estudia la creación de una memoria sentimental del exilio resignificado como “diáspora” en la obra del escritor Max Aub. Resurge, así, en el autor del autor español de origen francojudío el *topos* de España como Sefarad, común a otros autores judíos del momento, como se evidencia en el estudio de Deborah A. Green que cierra esta parte, “The Holy War on Fascism”, el cual permite apreciar que la recuperación de la patria ancestral y la restauración de la legendaria diversidad religiosa de la España anterior a los Reyes Católicos tuvo parte destacada en la movilización judía frente al levantamiento militar de 1936.

La segunda parte, centrada en la literatura y el pensamiento contemporáneos, permite comprobar el rol de la ficción desde el punto de vista de la postmemoria, a veces opuesto al de los géneros examinados en la primera parte, sobre todo en la creación deliberada o la resignificación de imaginarios judíos aplicados a la Guerra Civil. Así los casos de los escritores argentinos Alberto Gerchunoff (1883-1950) y Enrique Espinosa (nombre de pluma de Samuel Glusberg, 1909-1987), estudiados por Melina Di Miro como dos casos contrapuestos de judaidad por los que merecía la pena

dar la batalla en España: lo judaico como emblema de tolerancia y libertad, para Gerchunoff; o como espíritu trabajador y proletario por excelencia, para Espinosa. Golda van der Meer rescata en su capítulo del libro el caso de la revista de vanguardia neoyorkina *Inzikh*, semanario poético fundado en Nueva York en 1920, y la respuesta de la literatura yiddish neoyorkina a la Guerra Civil española. Emily Robins Sharpe recupera la literatura judía canadiense sobre el conflicto, con autores como Charles Yale Harrison, y su novela *Meet Me on the Barricades* (1938) o Ted Allan, autor de *This Time a Better Earth* (1939), entre otros, como Miriam Dworking Waddington, Matt Cohen, Seymour Mayne, Mordecai Richler o Sonja Ruth Greckol. Por su parte, Tabea Alexa Linhard recoge el testimonio de la novela de Ruth Rewald *Vier Spanische Jungen* (“Cuatro muchachos españoles”), sobre los voluntarios judíos del mencionado “Batallón de las 21 Naciones”, ficción largo tiempo inédita a causa de la muerte de su autora en el campo de exterminio de Auschwitz, en 1942. La segunda parte se completa con los análisis del uso simbólico de la Cábala en las ficciones de la francomexicana de origen español Angelina Muñiz-Huberman (*Hyères*, 1936), a cargo de E. Helena Houvenaghel; y del neosefardismo en la ficción de la escritora española Marifé Santiago Bolaños (Madrid, 1962), en particular su novela *La canción de Ruth* (2010), que estudia Rose Duroux.

Capítulo aparte y mención destacada merecen los paratextos a cargo de la impulsora y editora del libro, la profesora Gabbay. Tanto la “Introducción” (“The Spanish Civil War and Its Jewish Cultural Phenomenon”) como la “Conclusión” (“Poetic Justice for the Lost Spain: Deciphering Jewish Keys in Modern and Contemporary Imaginaries”) exceden con mucho lo habitual y exigible a esta

clase de textos, que suelen limitarse a una presentación sumaria y a una síntesis de compromiso del cuerpo del libro, respectivamente. Por el contrario, la extensa introducción de este volumen, que más bien merece llamarse estudio introductorio, se implica en la presentación de los temas del libro hasta el punto de erigirse en un análisis necesario a partir de ahora para iniciarse en la comprensión del punto de vista judío de la Guerra Civil española, tanto en sus protagonistas y avatares esenciales como en el estado de la cuestión y la bibliografía detallada de su estudio histórico.

Por su parte, la Conclusión no se limita a sintetizar lo que acaba de leerse, sino que recoge los cabos tendidos a lo largo del libro —las once “claves” que registra— para construir una inteligente reflexión de las tesis que pueden extraerse a partir de los patrones generacionales, geográficos, raciales, de género, clase o modalidad textual que interactúan en los análisis de los distintos capítulos del libro. Muchas de estas pautas significativas proceden deductivamente de planteamientos desarrollados con anterioridad en proyectos de investigación de la propia editora del libro, lo que, lejos de restar objetividad al método del libro, lo dota de coherencia y significación. Dicho en pocas palabras: la “Conclusión” es la mejor autocrítica y a la vez la mejor crítica que podría hacerse de este libro. Y cuando ambas, metarreflexión y reflexión, coinciden, la primera se constituye en causa suficiente para juzgar que la exigencia en el planteamiento del proyecto ha sido máxima. Pocas veces como esta un volumen colectivo permite leerse en el detalle de cada capítulo y actuar al mismo tiempo como un conjunto; una diversidad unánime tras la que hay que buscar sin duda la responsabilidad de su editora.